

MAQUINAS DE AMOR Y DE GUERRA: LAS CHICAS SIXTIES¹

*Hoy es 31 de marzo
y no te amé las piernas
y no hicimos la revolución todavía.
Juan Gelman*

I.

El Di Tella, la Revolución Cubana, la "píldora" y un poco después los Beattles. Mayo Francés y el Cordobazo. Bergman y Antonioni. Vietnam. Gelman, Cortazar, también Borges. Vino, Piazzola y las más lanzadas ginebra. Pelo lacio, minifalda y botas. Muchacha ojos de papel. Sartre y Simone de Beauvoir, modelo amoroso. Mucho marxismo, poco L.S.D. El Che, Mao y Fannon. Las más intelectuales, Rosa de Luxemburgo y los Grundrisse, Macedonio, Gironde y Lacan.

Referentes -casi todos masculinos- para estas jovencitas que tenían, sin saberlo, una decisión política: desalojar la fragilidad.

Nada de lo social es homogéneo. En los '60-'70 -como hoy en los '90- hubo modos muy disímiles de subjetivación de las mujeres. Esta diversidad no fue marcada solamente por sus posiciones de clase, sino por algo un poco más resistente a la lectura sociológica: qué proyecto de mujeres anhelabamos construir.

Proyecto implícito. No se definía tanto por una idea concreta de "futura mujer", sino que se delineaba en el enhebrado de elecciones y acciones que operaban por diferencia respecto de mujeres de generaciones anteriores o de su misma edad, pero con elecciones de vida más convencionales.

En este punto, la universidad separó los mundos de muchas de las jóvenes de clase media en la Argentina. Las estadísticas indican que a partir de los '60 se produce el ingreso masivo de mujeres a la Universidad. Esto marcó no sólo un modo de apropiación del capital simbólico hasta ese momento reservado a los varones de clase alta y media sino que creó algunas condiciones en la institución de un nuevo modo de subjetivación de mujeres.

Chicas que imaginaban para sí futuros profesionales y autonomías económicas. Estos anhelos las colocaban en un posicionamiento subjetivo, con respecto a los varones, muy diferente a aquellas que esperaban realizar una buena performance en la carrera matrimonial.

Muchas de ellas no sólo estudiaron en la universidad, también se volcaron a la vida política estudiantil. Pensaban que había que cambiar el mundo y anhelaban ser protagonistas directas de las revoluciones que fueran necesarias para transformarlo.

Ingresaron al mundo intelectual y/o artístico de la época. No sólo las aulas, también los cafés y la noche se volvieron mixtos.

En un único envión, abrieron las puertas de la profesionalización y el conocimiento, de la política, y saltaron las vallas que hasta entonces habían obstaculizado la libertad erótica de las mujeres.

En general, iniciaron sus militancias en agrupaciones estudiantiles de izquierdas-las agrupaciones peronistas en la universidad toman forma recién después del golpe del '66-. Las chicas sixties no fueron todas las mujeres de los '60-'70. Ni tampoco todas las estudiantes universitarias. Ni siquiera la mayoría. Su importancia no estuvo en el número, sino en una particular potencia de enunciación de sus prácticas. Más que nuevos discursos sobre la

¹ Publicado bajo el título "Femineidad: En cuerpo y alma", en la Revista "Los '70", Año 1 N°5, Bs.As., 1997.

femineidad, más que transgresiones a la moral convencional, nuevas mujeres en acto. Instituyente colectivo, anónimo, imparable, de nuevas prácticas de sí.

Fuimos feministas sin saberlo.

II.

Algunas cuestiones parecían haber quedado atrás para siempre. El no era ni el novio, ni el marido. Se llamaba compañero. Se compartía la militancia, el erotismo, los sueños, las tareas domésticas y la crianza de los bebés que no tardaron en llegar. Los gastos se pagaban -con orgullo- fifty-fifty.

Irse a vivir solas, trabajar y mantenerse eran cuestiones prioritarias. Casarse por iglesia era un impensable. Por civil, casi de mal gusto, sólo cuando la presión familiar era demasiado fuerte. Todos los rituales de la vida cotidiana quedaban cuestionados.

Las relaciones amorosas, aún las efímeras se vivían con "compromiso". Compromiso, palabra de época. Cada una de las prácticas que la política, el amor, o la invención de nuevos espacios profesionales requirieran -las carreras de Psicología y Sociología, de alta matrícula femenina desde el inicio se crean de 1957 en adelante-, se instituían desde el desafío. Desafío a lo posible, desafío a los padres, desafío a los profesores. A la moral sexual tradicional. A la "línea" que bajaba de algún arriba de la política.

Desafío, compromiso y entusiasmo eran ingredientes infaltables en una buena receta de chica sixty.

Se podía no ser fiel en el sentido convencional, pero se era leal. Leal al acontecimiento, fuera este político o amoroso, más que al amante o al partido.

Sentimientos como el miedo o la culpa no debían existir. Cuando algo de eso nos asaltaba se contaba sólo a la íntima amiga. Avergonzaban. En los divanes solían librarse verdaderas batallas ideológicas. Muchas interpretaciones eran desestimadas por burguesas.

Había que ser valiente, tanto en la vida privada como en la vida pública. La revolución estaba por llegar y había que entrenar tanto el cuerpo para la pelea como el alma para la solidaridad.

Público y privado. Personal y político, se volvían indistinguibles. Máquinas de amor y de guerra en los mismos cuerpos. Intensidades. En algunas, devastadoras.

III.

Si la década del '60 tiene al cordobazo como uno de sus acontecimientos políticos más significativos -nunca la palabra acontecimiento pudo ser más precisa- la del '70 tiene en el proceso de peronización y militarización de las políticas revolucionarias, dos fuertes marcas de época.

La consigna "obreros y estudiantes unidos adelante" deja de ser un cántico de marchas estudiantiles. La amalgama de esos dos sectores, enfrentados en los '50, no fue sencilla. Ni en lo político ni en lo personal.

Si bien no todas las izquierdas se militarizaron, ni todos sus militantes pasaron a organizaciones peronistas, la "vía armada" y las "masas" peronistas eran imanes difíciles de resistir. La teoría del foco, Mao y Guevara entraban en una química impensable pocos años atrás, con el pensamiento y las metodologías peronistas. Aparecían nuevas alianzas. Las discusiones eran interminables. Los enfrentamientos cada vez más peligrosos. Los ejes de los debates y los escenarios de las acciones habían cambiado.

Las chicas crecían. No sólo engalanaban -y erotizaban- áridas reuniones políticas. Algunas -no muchas- alcanzaban protagonismos y espacios de conducción. Ser conducido por una mujer en una acción de riesgo, no era algo sencillo.

Muchas se habían recibido, habían empezado a tener hijos, algunas ya se habían separado. Tenían un nuevo compañero, la vida recomenzaba siempre. Los dolores personales se tramitaban duramente, pero al paso apurado de la militancia.

Salvo los/las indiferentes, que eran muchos más de los que imaginábamos entonces, en los '70 las profesiones y la vida académica eran inseparables del "compromiso". El trabajo en hospitales, escuelas y demás instituciones, se realizaba valorando sólo aquellas prácticas que tenían como destinatario a "los sectores populares".

Algunas no se recibieron. Optaron por "proletarizarse". Junto con su compañero militaban en fábricas y vivían en barriadas obreras. Allí también criaban sus hijos.

Trabajar y militar no sólo traía otra dinámica en los roles domésticos, instalaban maternidades que no eran el único eje de sus vidas.

La alegría de inventar nuevos mundos en los '60, tuvo que soportar duras pruebas en los '70. No sólo por la dureza de las condiciones de las militancias armadas y la violencia represiva del Estado. Los nuevos modos del amor que en los sesenta se habían instituido en un imaginario heroico, se deterioraban en las rutinas cotidianas. Algunos "compañeros" comenzaban a cansarse de tanto entusiasmo. De aquel pacto de lealtad inicial, ellas ahora, en medio de las crianzas, exigían fidelidad.

El atractivo que las chicas habían tenido por su liberalidad erótica, a muchos "compañeros" les impidió advertir que, en los tiempos de las convivencias ellas exigirían héroes domésticos. Ese capítulo no estaba contemplado en la construcción del hombre nuevo.

IV.

No sólo las prácticas políticas se vieron diezmadas por la represión del '75 en adelante. También las nuevas prácticas de sí fueron abruptamente abortadas.

Algunas decidieron barajar y dar de nuevo y se acomodaron a los nuevos tiempos, necesitando olvidar su historia.

Otras resistieron desde pequeñas acciones cotidianas. Acunar un bebé cantándole muy bajito canciones de la revolución española, podía ser un modo privado, íntimo, secreto de resistir el aniquilamiento de una historia de sueños colectivos, en la esperanza de que cuando el horror pasara, desde esos ínfimos núcleos de intransigencia, una podría ponerse en marcha nuevamente.

Desapariciones, prisiones, exilios, insilios dejaron en muchas sobrevivientes la difícil empresa de resistir y negociar en las nuevas situaciones. Se trataba de sostener, aún en los quiebres, algo del desafío, el compromiso y el entusiasmo que les había dado todo un estilo. También una ética.

El tiempo ha pasado. Se han perdido muchas cosas. Otras jamás las entregaremos. Queda la incógnita de qué huella han dejado en sus hijos y en sus hijas, estas madres tan diferentes a otras madres.

Ana María Fernández